



MADURAS

Joaquina Utrera

MADURAS



Primera edición: octubre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Joaquina Utrera

ISBN: 978-84-17961-86-2

ISBN digital: 978-84-17961-87-9

Depósito legal: M-33375-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Agradezco haber nacido mujer
en una familia humilde,
lo que me permite observar
el mundo con cierta empatía.*

Chicas, ¿recordáis cuando creíamos que éramos la sal de la tierra? Nosotras, que nos rebelamos contra tantas cosas..., que hicimos añicos muchas creencias de nuestras madres y abuelas, que rompimos con el victimismo de las féminas sufridoras que nos precedieron. Resulta que llegamos a la edad madura envidiando a ratos la naturalidad con la que nuestras progenitoras afrontaban esta etapa vital que se supone cargada de serenidad y experiencia. Justo cuando muchas empezábamos a creer que entrábamos con buen pie en el llamado Siglo de las Mujeres, caemos en la cuenta que nunca, como ahora las que rondamos los sesenta, habíamos estado tan presionadas por supuestos cánones de belleza que empujan a muchas de nosotras a entablar guerras sin cuartel contra la balanza, llevándose por delante infinidad de esfuerzos dignos de mejor causa.

Permitirme que reivindicque la madurez con todo lo que comporta. Ya sé que madurar no es un verbo que se conjugue con frecuencia, y aún menos en positivo en los tiempos que corren. Aquí y ahora el que «mola» de verdad es el verbo «rejuvenecer». Así nos va. Pero en serio os lo digo, tal como van las cosas, y con el panorama que presenta la juventud actual con la precariedad laboral y salarial que mantiene su poder adquisitivo a ras de suelo, no tardaremos mucho en ver a jovencitos imitando en el vestir y en las cosas del vivir a los *maduretes*. Vamos a ver, con la que está cayendo ¿a qué viene suspirar por edades a las que, me da a mí, que muchos no quisiéramos volver ni de coña, tal y como está el patio?

Sin querer dárme las de profeta, opino que mejor nos iría a las de nuestra generación si asumiéramos todo lo que hemos aprendido y nos esforzáramos en mejorar con ilusión lo que nos queda. Confío y deseo con todo el alma que sea mucho y de lo más gozoso.

Desde los anuncios de cosmética que nos invitan incesantemente a perseguir el sueño imposible de la eterna juventud. Nos quieren vender a toda costa cremas y potingues sin fin supuestamente idóneos para pieles maduras, pero casi siempre presentados por jóvenes treintañeras. Mayores sí, ¡pero no tontas, caramba! Mucho me temo que las mismas que nos curtimos en 1.000 luchas a contracorriente vamos a tener que continuar la brega para reivindicar una madurez digna poniendo en valor los conocimientos que hayamos podido adquirir y los activos de esta etapa, que son muchos. Quizá así nuestro país dejará de estar a la cabeza en intervenciones quirúrgicas de estética, y aprovecharemos el caudal de optimismo que supone llegar a esta etapa vital en buen estado de salud para defender proyectos más útiles e infinitamente menos frustrantes.

Desde el universo de la moda y, no digamos de la alta costura, tratan de imponer unos clichés estéticos que ignoran por completo que las mujeres latinas acostumbramos a ser curvilíneas. ¡Y a mucha honra! Ya sabéis: buenas caderas, culonas y pechugonas. No todas, es verdad, y ahora aún menos. Ese era el perfil patrio asumido con más o menos resignación antes de que la dictadura de la delgadez asomara el ala y nos colonizara por completo. No sé qué opinaréis vosotras, pero personalmente creo que va siendo hora de plantar cara a la filosofía de la eterna juventud que solapa tantos intereses económicos. Qué caramba, nos lo debemos a nosotras mismas, a nuestras hijas y nietas para evitar que caigan en la trampa.

En fin nenas, que todos los de la generación del *baby boom* estamos llegando a los sesenta. Eso tiene que ser motivo de celebración por todo lo alto, ¡qué caramba! Ahí es nada. Ya sé que la cifra impresiona un pelín, pero qué gozada cumplirlos en una época y en un país como el nuestro. Como dice mi amiga Rosa, si

hubiéramos nacido no tantos años atrás con la esperanza de vida de entonces ya estaríamos casi todas muertas. En longevidad solo nos gana Japón. Nada, que quien no se conforma es porque no quiere. Así que ¡ale!, no nos lamentemos, porque la alternativa a no cumplirlos es siempre muchísimo peor. Luego, alegrarnos también de que los avances de la sanidad y de las condiciones de vida con un elevado nivel de higiene, que pone a raya las enfermedades infecciosas de todo tipo, permitan que lleguemos con una más que aceptable buena salud.

Sobre las condiciones en las que llega el envoltorio que nos cubre ya es harina de otro costal. Cada cual opinará según los gustos y circunstancias. Desde la atalaya del sentido común y de la serenidad que se supone nos aporta la edad (aunque me temo que no a todos), se abre un tiempo nuevo en el que lo importante de verdad son otras cosas, ¿qué os voy a contar?, me refiero naturalmente a estimular las ganas de vivir para que no decaigan y todo eso que a una le apetece cuando se encuentra bien y se dan las condiciones necesarias.

Dejémosles a ellos (jovencitos) que se tatúen a discreción y que se agolpen meneando el esqueleto sin tregua en los gimnasios o apuntándose a la última moda a todo tipo de deportes extremos o moderados, pero —eso sí—, sin dejar de correr hasta la extenuación. Con semejante ajetreo, ¿a alguien le extraña que no les queden fuerzas luego para las otras cosas que de verdad importan? No se trata de coartar las aficiones a nadie pero, ¿no os parece que no es propio de la madurez caer en excesos tan banales? Vamos a demostrar que algo hemos aprendido de nuestro ya largo periplo por este mundo. De verdad, de verdad, algo me dice que los tiros de la sociedad del futuro no van por ahí.

Baby boomers, ¿no creéis que hemos tenido mucha suerte de venir al mundo justo en el tiempo en que nuestros padres decidieron traernos? Hacía poco que todos ellos salían del túnel de la posguerra con todo lo que comportaba. Se avecinaban tiempos mejores en España en pleno desarrollismo y se lanzaron a procrear. Gra-

cias a ese impulso tan natural aquí estamos nosotras. Si estáis de acuerdo conmigo en este punto, vamos a demostrar que igual que hicimos en la adolescencia y juventud, existe otra forma de disfrutar de la madurez, cada uno a su manera pero sin perder el tiempo en pequeñeces.

Para muchas de nosotras se acerca el momento de reinventarnos de nuevo. Otra vez (dirán algunas), pero esta será la definitiva, digo yo, y seguro que para mejor. Libres de jornadas laborales extenuantes que, por si fuera poco, continuaban luego en casa. En fin, para que seguir ya conocéis cómo suena la eterna música del día a día del que os hablo. Queridas, se abre un panorama extenso y maravilloso que depende de nosotras aprovechar en beneficio propio y de las personas que queremos. Hace tiempo que ya no tenemos niños que nos lloren y que nos obliguen a regresar a casa escopeteadas. Estoy convencida que seremos capaces de montárnoslo superior. No me cabe duda. Nos hemos forjado en muchísimas batallas, eso nos da un bagaje nada despreciable. La invisibilidad que nos brindan algunos nos hace más fuertes para emprender nuevas misiones. ¿No os parece que tenemos el mundo hecho unos zorros como para desperdiciar energías en cuestiones menores? Creo nenas que nos merecemos una madurez de rechupete. Por intentarlo que no quede. A los de nuestra generación se nos tilda de luchadores e inconformistas. Pues eso, habrá que hacer gala de ello también en esta nueva etapa que se avecina.

¡Que no os amarguen la madurez!

Alguien que no andaba muy desencaminado dijo que la vida es eso que hasta los 40 años no se empieza a saber un poco de qué va. Es justo cuando se va poniendo más interesante. La putada es que entonces ya te queda menos tiempo para descubrirla, y sobre todo para disfrutarla con la mayor intensidad. Hay quien opina que entrar en la madurez equivale a hacerlo en el tiempo de descuento, como en el fútbol. Ni caso. La ventaja que tenemos hoy en día es que vivimos más, y los científicos apuntan a que tenderá a aumentar considerablemente el número de centenarios en las próximas décadas. Los avances de la medicina así lo vaticinan. Podremos gozar la vejez en mejores condiciones físicas y psíquicas.

Pero claro, tanta aspiración longeva digo yo que tiene un límite. Vamos a ver, no me acabo de ver centenaria. Son muchas las que llegan encantadas de cumplirlos y las felicito por haberlo logrado, pero la verdad, salvo honrosas excepciones como el cirujano Moisés Broggi y el economista y literato José Luis Sampedro, que llegaron a semejantes edades con plena lucidez, la mayoría —con el debido respeto—, lo hacen un poco amojamados. Sin ánimo de querer faltar a nadie, tirando más a mueble que a persona. Mira no, personalmente, si tengo que pasarme la vida de la cama al sofá y a la inversa sin poder ampliar el periplo, me niego a seguir cumpliendo años.

Prisa de partir ninguna de verdad, pero soy de las que piensan que el tiempo que una esté en este mundo que sea en unas condiciones en que merezca la pena vivirlas. Que no se molesten quienes

opinen lo contrario. No está en mi ánimo herir a nadie. No sé qué pensaréis vosotras, pero opino que un buen consejo es a veces oro molido. Cualquier cambio a esta edad suele ser a peor. Claro que no siempre. Mirad a Eduardo Punset, descanse en paz, cada vez más sabio y más rico con tantos libros como vende. No vamos a pretender que encima sea guapo y tenga una cabellera dócil y abundante.

El ocaso de la intimidad

Aunque cueste creerlo, hubo un tiempo no muy lejano sin teléfonos inalámbricos, en el que no era obligatorio oír por doquier conversaciones ajenas supuestamente privadas. Claro que eso era cuando no teníamos móviles táctiles o de otros modelos rabiosamente nuevos, o el último juguete electrónico que nos absorbieran la atención, el dinero e, incluso, a algunos el seso. ¿Os habéis fijado los temas sobre los que giran muchas de las conversaciones de nuestros cachorros y de muchos adultos también? Parece que si no tienes un móvil moderno y sobre todo muy caro no eres reconocido como miembro de la tribu. De esta moda pocas se libran, abundan también las maduras o ídem del sexo masculino con la oreja pegada a su celular todo el tiempo. A este paso a muchos a punto está de salirles callo (si no lo tienen ya) en el pabellón auditivo externo.

Es cierto que en todas las épocas se utilizan una serie de iconos para que te acepten a ciertas edades como miembro de la cuadrilla. Eso es tan viejo como la historia de la humanidad. Qué decir de las greñas que llevaban los chicos de nuestros años mozos con jerséis de lana gorda deformados por el uso, con unas coderas desgastadas porque les gustaba dar la impresión de desaliño. Calculado, pero desaliño al fin. Ahora las señales de moda suelen asociarse a objetos de consumo, y los artilugios electrónicos lo que más. Otros atributos de más sustancia como simpatía desbordante, don de gentes e incluso afilada inteligencia cotizan a la baja si se comparan con una moto de potente cilindrada, o mejor aún, un cocha-

zo biplaza. Si es deportivo descapotable, apaga y vámonos. Ahora que, pensándolo bien, los coches siempre fueron un estímulo que algunas tenían en cuenta si además el propietario era resultón. O sea, que la verdad es que en todas las épocas cuecen habas.

Otro motivo para la cautela. Según afirma un abogado matrimonialista con amplia experiencia, en la actualidad un porcentaje nada desdeñable de separaciones tienen su origen en una llamada de móvil. Ya sabéis, hay llamadas que delatan. Nunca mejor dicho. Sin contar los mecanismos que permiten localizar geográficamente al cónyuge en los casos en que alguien tenga más que indicios de relaciones con terceros y no por motivos laborales precisamente. Ahora bien, también es cierto que siempre hubo formas de salir de dudas antes de que las nuevas tecnologías ofrecieran un amplio abanico de posibilidades.

¿Cuántas veces se oye alabar a alguien por el simple hecho de tener una cabeza bien amueblada? Pocas, porque suena como a chico o chica raritos. Pese a todo no estaría mal si una no viera tantas cicatrices en el ánimo de muchas personas, en especial mujeres. Hay que reconocer que casi siempre somos nosotras las más sensibles a la aceptación de nuestro aspecto físico.

«Envejecer solo tiene ventajas»

¿Qué decir de los tópicos que muchos repiten como papagayos? No faltan ejemplos: «a partir de los 50 te conviertes en invisible». A fuerza de insistir en ello muchas llegan a creerlo. Así se entiende que sean legión las que se plantan en los 49 y se niegan a toda costa a seguir arrancando las hojas del calendario, por si acaso. Chicas, en esta etapa conviene más que nunca tomarse la vida con sentido del humor y no dejarse achantar. Como dice con sorna una esteticista: «envejecer solo tiene ventajas». Afrontarlo con desenfado seguro que ayuda. Lo dicho, hay que pensar que la alternativa es peor. ¡Quita bicha! Esa misma mujer que al cabo del día llega a coleccionar buen número de confidencias de sus clientas, seguramente porque la camilla les sugiere similitudes con el diván del psicólogo, cuenta que bastantes de ellas viven obsesionadas con el paso del tiempo.

Nada, hay que echar mano de aquel coraje de antaño, cuando aún no estaba políticamente mal visto hacer bromas de mal gusto a viva voz de un machismo acerado. Eso sí, siempre con buenos modos, pero de aquella hacíamos callar hasta al lucero del alba si considerábamos que alguien se pasaba de la raya. Pues ahora con más motivo.

No subestimemos nunca nuestra capacidad de influir. Que se lo pregunten a los fabricantes del sector de la alimentación, que han tenido que estrujarse las meninges para salir al paso de lo mucho que han cambiado las compras de comestibles a raíz de la crisis. Las cadenas de alimentación que estuvieron al loro desde el prin-

cipio se han llevado el gato al agua. Pues eso, que se anden con *cuidadín* con nosotras, no sea que nos hartemos y dejemos que le salgan telarañas a nuestras tarjetas de crédito.

No nos engañemos, aunque parezca lo contrario tenemos un gran poder en nuestras manos. ¿No dicen que somos las más compradoras? Pues ¡ale!, se van a enterar. En un momento dado nos podemos declarar en huelga. Tanto que, si nos lo proponemos, podríamos hacer cambiar algunos hábitos de consumo de manera radical. Eso en una sociedad montada precisamente sobre la oferta y la demanda resultaría letal. Pero no estamos aquí para boicotear nada, sino para pasar un buen *rañín*, como dicen en Asturias.

Estaría bien que las bandas magnéticas del llamado dinero de plástico quedaran inutilizadas por falta de uso. Que no se pasen ni un pelo los fabricantes de ciertos productos tratándonos como a menores de edad con anuncios infumables sobre productos milagro. A ver si les hacemos boicot de una vez a esas firmas que se empecinan en fabricar prendas diminutas para mujeres hechas y derechas, y que se las tengan que comer con patatas. ¿A quién de cierta edad no la han tratado con desdén, en algunos casos incluso con cierto desprecio, el dependiente o dependienta de turno al interesarnos por una prenda que ¡craso horror! superaba la talla 40 o 42; a partir de la 44 para ellos ya son tallas especiales. ¿Qué les dirán a las chicas que piden una 48? Pobrecillas, que no les pase nada... Basta ya de presionar sin ton ni son. Retener este dato del Boston Consulting Group : el 80% de las decisiones de compra que se toman en los hogares corresponde a mujeres. Ahí queda eso. Ya va siendo hora de que los flamantes ejecutivos de tantas firmas de ropa levanten la vista de la cuenta de resultados y se enteren de una vez que la hegemonía del cuerpo joven toca a su fin, y por su propio interés les conviene ponerse las pilas y reparar en que existen otros perfiles de consumidoras con un poder adquisitivo nada desdeñable que está siendo incomprensiblemente descuidado.

Lo curioso es que a veces esos dependientes son señores orondos que ocultan su tripión bajo la corbata gracias a la americana.

Algunos de ellos son un peligro, porque los botones del pantalón amenazan con salir disparados cual torpedos al menor movimiento. Pero eso sí, que no vea ni un incipiente michelin en la clienta de turno. Compañeras, que no nos coman la moral a estas alturas de la vida por memeces como estas. Por muchísimo menos le he puesto la cruz a perpetuidad a determinados comercios. Juro que no volveré a poner mis viejos pies en sus brillantes terrazos. ¡Que se confiten sus prendas liliputienses!

Habrá que decirles clarito que no queremos ser flacas, flaquísimas, chupadas, como dicen en mi tierra. Que cada una tiene la genética que tiene, y lo importante es lo que eres por dentro. Habrá que creerse de verdad que la belleza está en el interior. Vale ya de que nos vendan figurines vacíos, en muchos casos pura carcasa. Luego, para conformarnos y que no cunda el pánico, sacan a las que hace algunos años eran *top model* como la Cindy Crawford (poca broma, que llegó a enamorar al mismísimo Richard Gere, ahí es nada), para decir lo estupendas que están algunas cincuentonas. La Sharon Stone, también acostumbra a salir en estos casos como si ambas con semejantes carrocerías fueran un modelo representativo a cualquier edad. No citan las veces que algunas de ellas han pasado por el quirófano, aunque ni ellas ni Sofía Loren, estupendísimas siempre, lo necesitaban para nada. En el fondo, el resto de las mortales que nos movemos en un nivel infinitamente más modesto lo tenemos mejor. El declive no nos resultará tan demoledor cuando llegue. Ya mismo vamos. Ahora bien nenas, no os quepa duda que el auténtico declive empezará el día que hagamos caso de las continuas llamadas a recauchutarse. Ni caso nenas, nosotras a lo nuestro: a vivir que son dos días.

A mí la que me gusta es Jane Fonda. Guapa como siempre pero cada vez más lúcida. Ella, que siempre fue la titular de un cuerpazo de vértigo, confiesa que hasta la madurez no aprendió a aceptarse como es. Hasta entonces, según cuenta, estuvo enfrascada tratando de ser tan perfecta como pretendían las sucesivas parejas que escalonaron su amplísimo currículo sentimental. Qué desperdicio

de tiempo. Suerte que entre conquista y conquista encontraba la forma de interpretar películas maravillosamente, ir a una *mani* contra la guerra del Vietnam y luego ligarse a quien le viniera en gana. Lo de ser la imagen madura de L'Oreal lo dejó para más tarde. Ella, que en tiempos fue el símbolo contra una de las guerras más impopulares del país de las barras y estrellas, resulta que en su vida personal se mostraba infinitamente más sumisa e inconformista con los atributos que la madre naturaleza le dio, que por cierto son muchos. Pero en fin, rectificar es de sabios y a veces la edad te brinda la ocasión de cambiar de tercio. Para que luego digan que no es bueno envejecer y vivir para disfrutarlo.